



Pobres princesas

Irene Vasco

Cenicienta y el Príncipe se casaron y fueron felices para siempre. Cenicienta lavaba, planchaba, cosía y cocinaba a la perfección. El Príncipe bailaba y bailaba día y noche.

–Cenicienta, vamos al País Azul. La hija del rey cumple quince años y somos sus invitados de honor. ¿Por qué no aprovechas para usar las zapatillas de cristal? Se te ven tan bonitas.

–Ay, Príncipe, le prometí al cocinero real que le enseñaría mi receta de pastel de chocolate. Otra vez será.

–Cenicienta, estamos invitados al baile de disfraces del príncipe Sebastián. Deberías usar el vestido que te regaló el hada madrina. Es que te ves preciosa.

–Ay, no puedo salir esta noche. Tengo mucha ropa por remendar. Otra vez será.

Cenicienta no salía de la cocina, no usaba zapatillas de cristal, no se ponía bellos vestidos, en fin, no se volvió a ver por ningún salón. Cuentan que engordó tanto con las famosas recetas, que tuvo que regalar los vestidos de ojalillo y organdí que le había dado el hada madrina.

Sus hermanas, mientras tanto, se esmeraban por lucir hermosas. Ensayaban peinados de dos pisos, iban al sastre para que les fabricara preciosos lunares de terciopelo, se ajustaban las cinturas con lazos de colores, encargaban esencias y perfumes y aprendían los ritmos de moda.

Desde hace tiempo, son ellas quienes acompañan al Príncipe a todas partes. Dicen que se han puesto tan bonitas que hasta pueden lucir las zapatillas de cristal. El Príncipe no se cansa de admirarlas y en la noche, al regresar de las fiestas, repite:

–¡Cenicienta, eres fantástica! ¡Nunca imaginé que esas hermanas de quienes hablabas tan mal pudieran actuar como verdaderas princesas!

Cenicienta sonríe entredormida, se vuelve de lado y sigue soñando feliz entre sus sábanas de encaje.